

MANUSCRITOS

Examen de profesionales para la obtención del carnet de Prensa (marzo de 1943) en el que Cela obtuvo numero 5 por orden de puntuación, entre 53 aprobados.

A esta promoción pertenecen José Luis Gomez Tello (num 1), Alberto Crespo Villoldo (num 2), Federico Izquierdo Luque (num 3), Jesús Revuelta Imaz (num 4), Eduardo Haro Tecglen (num 35), José del Río Sanz (num 42), Lorenzo Gofñi y Suarez del Arbol (num 53)

1. **Legislación de Prensa. Posición del periodista ante el Estado actual. Derechos y derechos [sic] (2 folios)**
2. **Doctrina nacional-sindicalista. Concepto y misión del Estado nacional-sindicalista (2 folios)**
3. **Historia del periodismo. Transición del periodismo liberal al periodismo totalitario en España (2 folios)**
4. **Ciencia política. La idea democrática y la idea falangista de nación.(2 folios)**
5. **Política española. Razones históricas de la Revolución Nacional-sindicalista (2 folios)**
6. **La cultura (2 folios)**
7. **Garcilaso, poeta y soldado del Imperio (4 folios)**
8. **Napoleón (4 folios)**
9. **Problemas de financiación de la guerra (2 folios)**



Garcilaso, poeta y soldado del Imperio.-

El mundo se hacía más amplio, más amplio y más interesante, cuando Garcilaso de la Vega llegaba a la vida, en la Imperial Toledo en el primer año del siglo XVI.

El mar descubrió su hasta entonces inexcrutable misterio - dejó de ser el tenebroso mar ignotus - y las banderas de la España recién reconquistada por los españoles les tocó su turno de triunfar por los campos y las aguas conquistadas.

Carlos I de España pudo ver realizado su sueño de dominación y la feliz conjuntura de las armas vencedoras y la letanía en auge tuvo su primera y más grande manifestación en nuestra historia. Era la época creadora, la época de los antimovimientos, la época que - para nuestra desgracia - presto habíamos de olvidar y de llorar.

América recién estrenada, Oceanía aún virgen y por conocer y las tierras de Europa estrechándose todavía a nuestra pisada, produjeron una gloria militar de tal resonancia en los españoles que la obligación de ser grandes y gallardos bajó a sus almas como una orden, como un mandato.



Es curioso observar cómo la resonancia de los hechos militares encuentra siempre su rapsoda, su cantor, y cómo -paralelamente- la flojera, la laxitud, la dejadez y el abandono de lo militar - ¿por qué no de lo político? - invade las plumas y deja romas y sin brillantez sus puntos.

Quintaro, venido al mundo en tan favorable ocasión, no permitió que se le escapara de las manos y se obligó a sí mismo a una tarea que había de conducirlo a la más dura y más querida de las reputaciones. Quizás el poeta pensara, como San Juan de la Cruz, que quien la ocasión pierde es como quien soltó el ave de la mano, que no la volverá a cobrar, y no quizás también le haya forzado a aferrarse a la coyuntura que se le ofreció con la milicia como a un claro ardid y a sujetarla en su mano y para su gloria hasta que los hados bélicos se le volvieran de espalda y lo echaron, cuando todavía no había remonteado los treinta y cinco años, de cualquier tejado provenzal abajo.

Pero, ¿qué mejor muerte para el soldado que el accidente guerrero?, ¿qué más bello morir para el poeta que el lan-



¿Lazo o el tiro que lo derribe?

Garcilaso quizás no lo supiese, quizás no se parara demasiado a pensarlo, pero lo intuía, lo preveía. Y fiel a su consigna, a su razonada, se pasó un año sobre las armas, escribiendo - como Hernando de Acuña, como Francisco de Aldana, como Alonso de Ercilla - sobre el regazo, sobre las dobladas rodillas, entre sueño y sueño y de vela a vela.

Pero Garcilaso, hombre y soldado, que como soldado y como hombre agotó su no muy dilatado existir, conoció también no solo del verso bronco de los capitanes de Flandes, sino también del suavísimo hacer al modo italiano. Sus endecasílabos - ciertamente no mejorados - fueron con los de Petrarca los más bellos y los primeros versos de soneto de nuestra lengua.

Alternando con su quehacer de soldado ya contra los Comunes, ya contra Francia, apurando hasta las heces los lapsos que las retaguardias o las cilas dambianas y donde su señor Carlos I le enviara en castigo, le dejara en su azaroso vivir, Garcilaso conoce la conquista poética.



cas del Renacimiento italiano y aproveche su enseñanza para implantar - quizás mejor perfeccionar - el delicado verso de once sílabas en España, donde el oído, acostumbrado al duro y narrativo octosílabo, tarde en ~~así~~ aclimatarse. Yo que consigo Garcilaso porque, de no haberlo él logrado, ¿quién nos afirma que los españoles hubiéramos remontado la alta cima a la que el Renacimiento, por bien de nuestra lengua, nos empujó?

El cantor de "La flor de Guido", el paciente e inspirado componedor de las "Éstrogas", fue a hallar su más bella y más avara muerte cuando, como más arriba ya conseguí, los hados de la guerra nublaron su estrella.

Francia, contra la que luchaba, vio su muerte. La Provenza le vio caer. ¿No es más bello su derribado de una alta torre que morir, seguramente, entre blancas pábanas? Yo creo que sí.

Camilo Torres Celis



Ciencia Política

La idea democrática y la idea falangista de nación.

Montesquieu había de pensar lo que Napoleón hubo de poner en práctica y lo que por una paradoja del destino, nuestros Cortés de Cádiz habían de admitir: el principio de las nacionalidades directamente dimanado del llamado derecho de autodeterminación de los pueblos, que con Wilson tuvo sus últimos extensores aunque Churchill y Roosevelt hayan querido resucitarla a bordo del Potomac.

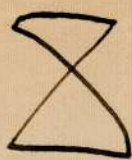
Cuando las ideas no van lastiadas sobre el corazón, cuando las ideas las fabrica - en frío - el cerebro y no encarnan en la sangre su cordial resonancia, no se pueden mantener como contra viento y marea - contra el viento que nos mueve el corazón y la marea que nos anega la sangre - porque jamás ^(ha) habido - según Newton - equilibrio estable duradero.

Y a derribar el viejo tópico llegó por Antonio la nuestro pensamiento para decirnos que el concepto de nación es un algo romántico y caduco, un algo liberal y democrático que en modo alguno nos va,



ya que para sustituirlo tenemos el epíteto concepto de Patria, no en su sentido estrecho y adjetivo del valle conocido o de las campanas que nos traen viejos recuerdos, sino en el amplio, gallardo y substantivo sentido de comunidad de destino, de misión en lo universal.

Y, si como ya se dijo, yo soy yo, mi circunstancia, ¿por qué, por extensión no considerar, que la Patria es ella - su comunidad de destino, su misión a cumplir en lo universal - y su coyuntura - su capacidad de realizar esa misión que por Antonio le atribuyera?



Política española.

Razones históricas de la Revolución Nacional-sindicalista.

No existe - a mi modo de ver - posible justificación histórica de lo que en nuestra íntima conciencia encuentra su justificación. La Historia, pienso, es el precedente que se saca a colación cuando de justificar se trata lo que tiene una difícil y plena justificación ante nosotros mismos. Pero cuando nuestro actuar obedezca a razones e insobornables motivos, ¿para qué echar mano de la Historia para su justificación?

La Revolución Nacional-sindicalista, como las riadas o las epidemias, como los incendios o los turbiones, como la vida y la muerte, aparece adscrita a un signo de fatalidad, de inexorabilidad, en el que toda presunta justificación histórica resultaría pueril. ¿A quién se le ocurriría pensar ante la muerte de un hombre, ante el hecho de nacer de la muerte de un hombre, o que también su padre había muerto, y su abuelo y su bisabuelo?

No, no serían suficientes todas las razones que adujésemos para su necesidad, porque el solo hecho de haber acometido nuestra empresa por que precedentes históricos la exigiesen sería un grave pecado de origen que sobre nosotros pesaría hasta nuestro último destierro. Hemos hecho - mejor será decir: estamos haciendo,

hacemos - nuestra revolución porque un mandato includible,
un íntimo convencimiento, a ello nos obliga. Nada más - y
ciertamente que nada me nos - que por era única razón.

Porque que el Estado liberal que nos precedió abdicar
de sus más inalienables deberes, históricamente, hubiere
justificado una revolución, pero ¿por qué la nacional-
sindicalista y no la anarco-sindicalista, por ejemplo,
o la marxista-leninista?

Seamos concretísimos ya que el tema propuesto no se
presta - para su bien - ni a vankelesianismos ni a flo-
ridos párrafos literarios. Seamos concretísimos y señale-
mos, para terminar, que no queremos justificaciones lí-
ricas para lo que se nos ha encontrado su más bella
justificación: la íntima y cordial justificación de
la sangre.

Cela



Doctrina Nacional-sindicalista.

Concepto y misión del Estado Nacional-sindicalista.

Si el falangismo es una manera de ser, un modo de actuar y de reaccionar, un estilo determinado por una serie de circunstancias o conjuntivas sin cuya presencia, sin cuyo concurso, no se produce, el nacional-sindicalismo, paralelamente, lo consideramos como la proyección sobre la Política del falangismo. Creo conveniente establecer esta previa y elemental aclaración ya que ambos conceptos suelen manejarse indistintamente no obstante aparecer, en su esencia, perfectamente dibujados y diferenciados. El Estado Nacional-sindicalista no es el Estado falangista sino el Estado de los falangistas, el Estado que una concepción falangista de la vida hubiera producido. Y el concepto de este Estado sindicalista y nacional bien concreto nos lo enuncia el Punto 6º de la Falange cuando sin ambages nos afirma que será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria.

Instrumento, por cuanto el Estado jamás encuentra su finalidad en sí mismo sino en la misión, en el servicio, en el cometido, que realiza. Totalitario, puesto que no concebimos parcialidades ni facciones cuando un todo - la integridad patria - es lo que se nos exige, lo que nos exigimos. Y al servicio de la integridad patria, ya que no nos imaginamos cómo otro fin que éste no fuera pudiera justificar su existencia y su permanencia.



Ahora bien: así enunciado este concepto, ¿qué entendemos por falangistas por Patria y por su integridad?

José Antonio nos explicó de forma inolvidable la idea que sobre la Patria habíamos de tener. Patria, nos dijo, no es el valle cotado, ni el color de aquel monte o de aquel río, ni el sabor de aquella fuente, ni el sonar de la campana convida; Patria es algo trascendente e inequívoco, Patria es una misión en lo universal. Y refiriéndose a los vascos que reclamaban su libertad, les afirmaba que no era la Patria, que no venía determinado el concepto de Patria, ni por la lengua, ni por la raza, ni por las costumbres comunes sino por la comunidad de destino.

En cuanto a su misión, ¿qué podemos decir que, en potencia, no aparece ya en las líneas precedentes? Nos parece claro ver que no otra se le podía atribuir que la de dar realidad a la concepción falangista de la vida. Ya que el día que el país - el paisaje - reaccionara en falangista, el Estado Nacional-sindicalista estaría de más ya que el Partido hubiera llegado a substituirle.

Cela

Posición del periodista ante el Estado actual. Derechos

Derechos.

El periodista campeón, manejador del sable y de la infamia, que con el cuello del gabán ^{subido} se metía en el despacho del inflexible señor Fontcuberta a recibir de sus manos el carnet del periódico y de sus labios el picaro consejo, ha muerto - a tres gracias secundadas - con nuestra guerra.

Aquellas palabras de autología,

"Tener un carnet de mi diario es como hablar con Dios pero de nómina ni hablar; expáñense ustedes como pueden", ya no volverán a ser oídas. Era la condenación a la golfeira, al sablazo más o menos relado o confluado. Era la condenación del espíritu por el fin del estómago, la abdicación por parte del ex-hombre que entonces era el periodista de lo más inabdicable que en el fondo de las conciencias pudiera quedar.

El periodista mueble y sustituido de aquellos tiempos de enfático oprobio, de triste alegría de burdel, murió con los primeros tiros del Alzamiento y de él sólo nos queda la anécdota y el recuerdo.

Hoy, ante el Nuevo Estado, el periodista como sujeto de derechos y obligaciones tiene una personalidad firme y acusada que, afortunadamente, lo sitúa bien lejos de aquellos aún no muy lejanos tiempos. El omnímodo cuarto poder que derribaba gobiernos y proponía proyectos de ley, ha pasado a ser lo que jamás



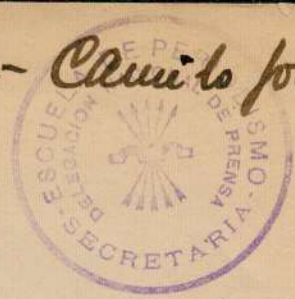
debio dejar de haber sido, el órgano por el cual el Estado trasmite su consigna, su pensamiento a sus súbditos y el vehículo por el cual empleado para que aquel conozca sus lícitas aspiraciones.

Acabado con el periodista céntrico a cualquier del pensamiento, con el periodista al margen del Estado, interviene a este recoger e integrar en sí y en su labor todas aquellas actividades mal encauzadas a cuyo objeto - mediante la Ley de Prensa de 22 de abril de 1938 - estableció las bases que debieran más tarde convertirse en realidad la Delegación Nacional de Prensa.

La Prensa poder intangible, exponente primario, dignísimo del nuestro principio de que el pensamiento no delinque, la Prensa - en una palabra - de oposición que lejos de orientar - como presumían - no llevaba a los Poderes públicos otra cosa que la desorientación, el desasosiego, lo algo que bien suena hasta.

Congratulémonos, como españoles y como profesionales, que haya sucedido.

Celis



Napoleón.

¿Napoleón? ¿Así, en abstracto? No. Cifémosnos a uno de sus innumerables aspectos, hablemos del Napoleón de su primera crisis, del Napoleón de Waterloo... y pensemos que aún no nos sobraría espacio.

L'Empereur hace vibrar con su sola presencia - estamos por decir que con su solo anuncio - a sus soldados. Lo más grande del ejército que no conocía la derrota se estremeció de júbilo ante quien en Ajaccio, al pie de cualquier monte de Córcega, a orillas del mar que tanto había de parecerse al mar de su primera destierro, naciera allí por el 69. La fe de sus mariscales, la fe de sus coroneles, es idéntica a la de sus soldados, a la de los soldados que dejaron de sonreír en Zaragoza, en Gerona, en Bailén, en los Arapiles, en Madrid, pero que pasearon su enmortachada faz sonriente por todos los campos europeos.

Lord Wellington, el Iron Duke de los ingleses, nuestro Duque de los Arapiles, el hombre a quien ya el Emperador había conocido, se aprestaba a presentarle batalla. Las noches son húmedas y lóbregas, y en las noches, cada uno en su tienda, cada uno rodeado de sus Estados Mayores, cada cual ante la liviana mesa de campaña con los planos



del terreno extendido y cautelosamente asaltados de alfileres, estudie los pros y los contras de la batalla que se avizora. Napoleón, fie en su estrella, en la estrella del hurisueño, Lord Wellington, más cauteloso, tiende su celada. Napoleón, apasionado y mediterráneo, está cejijunto, supe de arrebatos de cólera, no permite objeciones. Wellington, más frío, más serio que de costumbre; quizás un perspicaz observador lograse entrever una leve sombra de preocupación nublando la mirada.

La batalla se plantea. Se avanza, se retrocede, se forman tropas en un sector mientras se pierden en el contiguo... Lord Wellington dirige a Blücher, que no aparece. Napoleón envió en su persecución a su hombre de confianza... y está pensando de haberlo hecho. ¿Se le ocurrirá volver sobre sus pasos, desandando lo andado, abandonar la captura del alemán? En eso confía pero por otra parte... ¿se atreverá en manifestar a desobedecerle? Por primera vez en su vida se arrepiente de haber tomado una determinación. Los Nelson están quizás hechos de otra madera. Los ejércitos están exhaustos, agotados. Hay grandes claros en sus filas y grandes lapsos de silencio en



el trío. Napoleón no desconfía, vuelve a fiar en la estrella. El Mariscal tiene que llegar a tiempo, es forzoso que llegue. ¡Si Ney se da cuenta del peligro en que está el Emperador!

Y Ney se da cuenta, perfecta cuenta, pero no se atreve a desobedecer. Envía un emisario a caballo y el emisario...

Napoleón, con los prismáticos en la mano, mira el horizonte, agudiza el oído. No se ve nada. No se oye nada.

¿Será posible que la estrella le haya abandonado?

Las horas de la ansiedad caen como lasas sobre Napoleón. Las horas amargas, lentas, de una lentitud desesperante.

A Napoleón se le ilumina el vortio. Sí, en oído no le engaña, no le engañó jamás. Son cañonazos, que retumban claramente hacia el norte. ¡Es su fiel Ney que no podía olvidarlo! *Es Grouchy-*

La tropa vuelve a cobrar nuevos ánimos. Vuelve a cargar sobre el inglés, a gastar sus últimos refuerzos. ¿Para qué la cautela si está ahí Ney, a pocos kilómetros quizás?

... Napoleon - 4

Camilo José Cela



Pero la estrella del Emperador se había vuelto de
espaldas. Quién llegaba no era Ney era Blücher, no
era el Mariscal de Napoleón, no el amigo de Lord
Wellington.

El ejército de Ney, que llegó reventando caballos, solo
alcanzó la derbanda...

Camilo José Cela





Transición del periodismo liberal al pluriidismo for-
tuitario en España.

Al ejercicio de "Legislación" me remitiré, de ser me
ello válido, ya que en él -al exponer la posición del
periodista ante el Nuevo Estado- abordé puntos que
aquí volveré a tratar de no impedirme la concre-
ción del tema, la premura de tiempo.

Respirámonos, pues, a lo propuesto, dejemos los alrededo-
res por mejor ocasión.

De los tiempos infanzados en los que "El Liberal", además
de anunciar masagistas francesas, dogmatizaba sobre todo
lo humano y todo lo divino, y en los que "F. E." o "HAZ"
nos costaba repartirle buenas razones de palos y algunos
que otra semana a la sombra, a los tiempos -Fordavie
tan cercanos en el calendario a aquellos otros- en que
nuestra Prensa puede enorgullecerse de una honradez
y una limpieza que -léase bien- jamás conoció,
han pasado tantas, tan fundamentales cosas en
los periódicos que su solo enunciado nos llevaría
demasiado lejos del lugar a donde quisiéramos
llegar.

En nuestra ante guerra, ¿qué diarios madrileños no
aparecían vendidos a la anti-España? Los nuestros y

escasamente un par de periódicos de empuje, qui-
zás dos pares. ¿Quién no recuerda los asaltos a ABE
y al debate? ¿Quién ha olvidado el incendio de
La Nación? ¿Quién pudo olvidar la sangre que
cortó llevar a las Ventas o a Cuatro Caminos los
periódicos de la Falange o del S. E. U.?

Aquello ya pasó. Y con aquello, la dignidad de un
to diario, de nuestras escasas revistas llegó a plasmar
en una Delegación Nacional, la de Prensa, desde
la que día a día se pulsa el latido del país
para orientarlo y encanizarlo, misión específica de
la Prensa y que los directores de la anteguerra,
salvo las escasas honrosas excepciones que nunca
faltan, habían olvidado.

Cela

Problemas de financiación - Camillo Prío Cella de la guerra.

[Signature]

Si las guerras no son solo, como alguien ha querido ver, una lucha entre dos Economías en la que la más fuerte siempre desplaza a la que no lo es, no es menor cierto que una sanada economía podría siempre mejor capear el duro temporal que las actuales guerras totales plantean a los países.

El problema de la financiación de la guerra, podemos asegurar que - en términos generales - se reduce a un problema de organización y de dirección.

Varios son las etapas que la organización bélica de las Economías requiere y muy discentidas sus consecuencias pero, en general, podemos resumirlas de la forma siguiente.

Lo primero que se impone en un país en guerra es la movilización. Ahora bien, no la obrada y total movilización, que quizás no tenga más virtud que su espectacularidad, sino la paulatina movilización por especialidades y fluminaria y el aumento de los horas en la jornada con lo que viene a conseguirse una sobreproducción de un 25%, sobreproducción que de otra manera no se logra ya

que el organismo humano se desgasta inútilmente cuando labora por encima de las 10 horas.

La ineludible necesidad de numerario que precisan los Estados en pie de guerra puede solventarse mediante dos procedimientos - los empréstitos y los impuestos; creemos más oportuna la segunda solución - la de aumentar los impuestos establecidos o la de crear impuestos transitorios - y que la segunda - la suscripción de empréstitos puede abocar en la inflación, consecuencia de grave alcance para la moneda, por ende para la Economía del país que tratemos.

El caso de la financiación de nuestra guerra civil fue en gran parte esporádico. El oro entregado por los particulares en un rasgo de patriotismo, desde el punto de vista científico podemos acimularlo a la solución que más arriba recomendamos.

Cela

2

Cela y Trulock, Camilo José



La cultura.-

La cultura, como faceta, como ángulo a considerar, en la personalidad, en el hombre, ¿no se nos entorpece un tanto parcial, un tanto egocéntrica, un tanto supeditada a los valores infimísimos, eternos de la persona? ¿no nos libre del hombre a la caza de la cultura, del hombre que siendo culto no sea además humano, del ente abstracto y deshumanizado, fiera máquina de pensar, que pretenda conocer la historia a vivirla, porque ello nos llevaría -me ver más y ya sin remisión posible- al Liberalismo, al laissez faire, laissez passer que, pedante y sobreactuado de cultura ignoraba que le monde jamás va de lui même, sino que hay que dirigirlo, que encanizando a fin que de que se nos hunda, cualquier mañana, para no volverse a levantar jamás.

Porque si la cultura como un algo supeditado a la Política es un elemento efícamísimo a considerar, un eslabón, o toda una serie, de una importante manifestación, como sola Cultura se nos aparece como inexorablemente penicilosa por cuanto la consideración de los elementos que la integran en su aislamiento, no nos conducen



En el fin propuesto sino que nos apartan, cada vez más, de él.

El hombre, como portador de valores eternos, el hombre capaz de salvarse y de condenarse, el hombre, en una palabra, sobre el que se labora y que labora, es algo a lo que la cultura ha de estar supeditada, algo a lo que la cultura puede servir para valorarlo, para predisponerlo a emprender la ruta que el corazón le hubiera marcado, pero jamás para justificar su razón de existir.

La Cultura por la Cultura (Bergson, Ortega) como el Arte por el Arte (Paul Valéry o Jules Supervielle) son actitudes ante la vida ya superadas.

Cami Ofori Cel

2